



CAROLA VERCAIGNE



LA UNIÓN

DESPIERTOS



1.1. Hijos de la Libélula

Ahí estaban los cinco; sucios, cansados y felices por haberlo logrado, pero con el corazón en un puño ante la expectativa de lo que sabían que les esperaba a partir de ese preciso momento.

No fue el despertar tranquilo y silencioso de los que seguían a una apacible siesta, más bien todo lo contrario, del estilo de las pesadillas que arrastras contigo aun cuando tienes los ojos abiertos.

Como era de imaginar los imperianos seguían sumidos en la desesperación de lo último que vieron. Estaban embargados por un miedo visceral y primitivo. Algunos, los más valientes y predispuestos, lanzaban fórmulas hacia la nada mientras que otros, la mayoría, se desgañitaban gritando de terror, sintiéndose impotentes ante el Monstruo que creían que se echaba sobre ellos.

Fueron unos instantes de extrema confusión hasta que el estridente ruido que llenaba sus oídos con los alaridos de sus gargantas se acalló y dio paso al silencio más implacable. Poco a poco, igual que las voces enmudecieron, las miradas ansiosas de los imperianos recayeron en los cinco chicos que, como los guerreros victoriosos que eran, aguardaban sobre el Púlpito.

¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba la colosal nube gris que se cernía sobre sus vidas? ¿Por qué ya no sentían un frío mortal aplastando sus pulmones? Esas eran las preguntas que las expresiones confusas de los hombres, mujeres y niños les hacían, pero, ¿cómo responder a tan espinosas cuestiones?

La rapidez de cómo aconteció lo que sobrevino al desconcierto ahora revoloteaba a su alrededor como las imágenes de su pesadilla, esa a la que Eris estaba tan acostumbrada, tanto o más que a los maravillosos sueños que tenía desde que podía recordar y Daniel era su acompañante.

—Explícanoslo, Eris —el Ságrito Mayor esperaba su respuesta.

«¡Que te den!».

No tenía intención de darles lo que querían, ¿para qué? ¿De qué serviría?

—No va a hablar. Dejemos que se vaya —susurró el otro Ságrito. De los dos que la interrogaban era el más sosegado y menos impetuoso.

No obstante, para Eris todos los Ságritos eran iguales: unos hipócritas egoístas, ávidos de poder. Bueno, todos menos su hermano. Zack no era solo un Ságrito déspota y ególatra, era... ¿cómo definirlo?

—¿Dónde estuvisteis? —Gruñó el Ságrito, incapaz de contener su agriado temperamento—. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo conseguisteis volver a despertarnos?

—Perdemos el tiempo con ella.

—¿Acaso es muda? —le recriminó el primero al segundo con brusquedad.

Para ser un Ságrito Mayor tenía muy poca paciencia.

«A lo mejor es familia de Nathan», se dijo ella reprimiendo una sonrisa. Luego, soltó un resoplido, se enderezó y clavó sus ojos verdes en los del Ságrito.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó, más que nada para que el furioso Ságrito Mayor comprobara que sí que tenía voz.

—¿Tú hermano?

El Ságrito más tranquilo ladeó la cabeza a un lado. Se le veía perplejo, aunque para ser exactos, los dos lo estaban, con la diferencia de que el furioso lo remarcaba con una expresión grave y ceñuda.

—Zack, el quinto Predestinado —explicó ella en un tono incisivo.

—No debes preocuparte por él, Zackartar está bien. Nuestro hermano está...

—Eso es, nuestro hermano —interrumpió ella tan mordaz como la sonrisa que esbozó. Bien sabía Eris que no había cosa que los Ságritos detestaran más que la falta de respeto. Al fin y al cabo habían creado un millar de normas que los defendían de los arrebatos de los imperianos. Los castigos por desobedecer, injuriar y hasta mirar directamente a los ojos a un Ságrito podían ser bastante duros, por no decir que incluso podían llegar a ser letales.

—¡Ya está bien! —La amonestó el Ságrito gruñón dando un golpe en la mesa—. Deja tus mofas y céntrate en lo importante.

¿Lo importante? Eris se tensó. Para ella solo había una cosa importante y tenía nombre propio: Daniel. Había preguntado por su hermano porque era la mejor forma de desconcertar a los hombres sin escrúpulos que tenía delante, pero la amarga verdad era bien distinta, porque la única persona por la que deseaba preguntar era por Daniel. Su cabeza iba y venía una y otra vez a su nombre, a sus ojos castaños, a su rostro, a todo él. No hacía ni una hora que esas asquerosas sanguijuelas la habían separado de su lado y ya lo echaba de menos.

Apretó los dientes con rabia. Pensar en cómo esos hombres despreciables los habían sacado de la Bóveda a la rastra, para luego encerrarlos en habitaciones separadas, la enfurecía sobremanera. Todo había sucedido tan rápido... No se habían quitado de encima el polvo gris cuando, rápido como una exhalación, los Ságritos retomaron el control de la ciudad.

«¿Y no lo esperabas?». Nada más escucharla, Eris se enderezó como una caña. ¿Cuánto tiempo llevaba sin escuchar ese otro *yo* que vivía en las profundidades de su conciencia? Apenas recordaba la última vez.

Azorada, cerró los ojos para aclararse las ideas. ¿La había escuchado? No, no podía ser. Hacía demasiado que la voz, que *ella*, que *la otra* no se manifestaba. ¿Cuánto? ¿Quizás desde que empezara todo? ¿Puede que desde que Daniel clavó en ella sus ojos?

El segundo golpe en la mesa la obligó a enfocar el lugar donde se posaba la mano del Ságrito.

—Hermano, serénate.

—¿Cómo quieres que lo haga si no ha contestado a ninguna de nuestras preguntas?

Estudiándolos con descaro igual que si contemplara la escena desde la distancia, Eris no pudo evitar divagar sobre la posibilidad de que alguno de esos dos hombres fuera su tío; el hermano mayor de su madre que, como a tantos de su familia, se llevaron. ¿Podría ser el que se mostraba más benevolente con ella? ¿O era el furioso? Como los dos llevaban el cabello rapado y tenían las facciones anodinas, además de un color de ojos muy similar, era difícil apreciar las semejanzas que podrían ligarlos a su familia materna.

«¿Y qué más da? Deja de cuestionarte cosas absurdas». Eris ahogó un

gemido. Sí, ahí estaba, ya no tenía ninguna duda. Había vuelto, la voz que hablaba y decidía por ella. *Ella*. «*Yo te ayudaré a que dejes de sufrir*». De inmediato, una especie de sentimiento de alivio fluyó por sus venas.

Era muy pronto para que los suyos hubieran arreglado el problema eléctrico, así que la habitación estaba iluminada por unas velas en las que bailaban las revoltosas llamas. Eris se concentró en mirarlas. Estaba cansada y por ello, sin ningún pudor se echó con descaro por encima de la mesa. Alargando los brazos hasta llegar al otro extremo dejó las manos lánguidas, cayendo sin llegar a caer porque estaban unidas a sus extremidades, todo lo contrario de su alma que se había dividido.

«Me han partido por la mitad».

—¿Eris? —el Ságrito quería reprenderla por su mal comportamiento y su falta de cortesía.

—Es inútil. Siempre ha sido así de tozuda.

Una risita lacónica brotó de su garganta dolorida. Que un Ságrito la llamara tozuda era todo un halago.

Lo intentaron una hora más, pero ella no se dejó doblegar. Daniel temía que algo de lo que contaran los pudiera perjudicar, y antes de ir a la Bóveda a despertar a los dormidos los cinco habían debatido sobre esos temas que sería mejor que se guardaran, en el caso probable de que sucediera lo que había terminado sucediendo. Como siempre, el avisado de Daniel Zarco se había adelantado a todos los posibles y lo había hecho bien.

—De acuerdo. Puedes volver a casa.

Iluminando los pasillos del Santuario con la vela, los dos Ságritos la acompañaron hasta la Bóveda. Allí no quedaba nadie. Tal y como correspondía, los imperianos habían regresado a sus hogares. Mirando a su alrededor con estupor, Eris se sintió tan vacía por dentro como lo estaba ese lugar. Tenía ganas de llorar, pero se esforzó por retener sus lágrimas con todas sus fuerzas. No estaba dispuesta a que esos repugnantes hombres sin escrúpulos la vieran flaquear. ¡Ni soñarlo!

—Puedo ir sola, me conozco muy bien el camino —siseó con desdén, colocándose la bolsa en la espalda a la par que se encaraba con el túnel que la llevaría a su sector.

No se dignó a mirar atrás, como tampoco se molestó en formular el fuego que le permitiría ver en la densa oscuridad. ¿Para qué? Prefería la soledad de la penumbra. Empezó a andar, sintiendo cómo, con cada paso que daba, el vacío de su pecho se intensificaba, haciéndose más grande hasta ocupar todo su cuerpo. Ese vacío era Daniel al que, muy a su pesar, dudaba volver a ver. De pronto un miedo repentino se apoderó de ella. ¿Y si de verdad no volvía a verlo nunca? Solo cuando estuvo a mitad de camino y segura de que estaba completamente sola, dejó que las lágrimas cayeran. Si algo en ella podía ser libre esas serían sus lágrimas y sus lamentos.

Al salir del túnel el aire fresco de la noche reconfortó un poco su sufrimiento. Estaba en casa y, aunque le costaba admitirlo, estar en su sector también le hacía sentirse mejor.

«*Si a tener el cuerpo y el alma machacada a conciencia con montones de piedras pesadas y luego pasada por una trituradora lo consideras estar bien, tú misma*». Siempre tan sarcástica, siempre tan hiriente.

Suspiró abatida, tenía que ser fuerte. No le quedaba más remedio porque si se dejaba caer, si el dolor vencía, la voz de su cabeza volvería a ganar la batalla.

«*Pero no sufrirás*», replicó la otra.

Dejó su interior a un lado para regresar a la realidad y prestar atención al ajeteo que se escuchaba no muy lejos. Probablemente los Hijos de la Libélula se habían reunido en la plaza del Fundador, intentando dar una explicación al caos que se habían encontrado al llegar: los generadores de electricidad apagados, los campos descuidados con las malas hierbas creciendo a su antojo y, por si fuera poco, toda la comida podrida.

Por suerte no se cruzó con nadie hasta alcanzar el tronco tallado que daba acceso a su cabaña. Sintiendo las piernas rígidas como las propias ramas del árbol, subió las escaleras de madera. Lo hizo atendiendo al crujir de los peldaños que le hablaban en susurros, haciéndole las mismas preguntas que los Ságritos.

¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado? ¿Cómo lograste volver? Preguntas que, como las de los Ságritos, tampoco tenía intención en responder. ¿Para qué? Al llegar al último peldaño el crujido le hizo una más dirigida a ella y solo a ella: *¿Eris, qué haces aquí, por qué has vuelto si no querías estar con nosotros?*

Se mordió el labio y acarició la punta de su corto cabello con la yema de sus dedos.

«Con vosotros no, con él sí».

La titilante llama de la vela que había en el poyete de la ventana alumbraba parte del interior del salón y del rellano donde estaba la bancada. Ahí era donde su madre solía sentarse, día sí y día también, a esperar a la nada. Y como siempre, la ventana abierta dejaba circular el aire libre por toda la casa, removiendo los cientos de papalillos de colores que colgaban del techo.

«A Anjara le gusta así».

Tomándose su tiempo Eris contempló su hogar como si fuera la primera vez que lo veía. Los viejos y destartalados muebles del salón, la diminuta cocina y la mesa de corte que usaba su madre para despedazar las presas que ella cazaba. No había demasiado mobiliario con el que entretenerse, pero al alzar la vista al techo eso cambiaba. Papeles de colores, trozos de tela, hojas de árboles, pieles de animales muertos y, en el mejor de los casos, preciosos collares de flores secas que ella había colocado allí en un intento de embellecer la horrorosa colección de chismes que tenía su madre.

—Hola mamá —dijo con voz queda al adentrarse en el interior.

Anjara la miró sin ver desde su sillón, moviendo su cuerpo de adelante a atrás sin cesar. Las puntas desiguales de su cabello liso, de un rubio ceniza, le acariciaban las mejillas al son de sus oscilaciones. El descuidado peinado le hacía parecer todavía más desquiciada, pero claro, Eris era la que se encargaba de esos menesteres y, cortarte el pelo a una persona que no para de balancearse, no podía considerarse como algo fácil. Aun así tenía que hacerlo. No le quedaba más remedio porque si a Anjara la melena le tocaba los hombros, impulsivamente se arrancaba el pelo a mechones y, lo que era mucho peor, se ponía violenta. Muy violenta.

—La nena lo ha hecho bien, sí —murmuró su madre, dejando que sus ojos vagaran perdidos por la sala.

Eris no contestó. Pensar que esa frase iba dirigida a ella sería un atrevimiento por su parte. Ni siquiera la rozó, Anjara no soportaba que la tocaran a menos que fuera necesario. Despacio, pasó de largo hasta llegar a su dormitorio, el único de la casa porque su madre dormía, cuando lo hacía, en el sillón en el que se sentaba en esos momentos.

Cerró, dejó caer la bolsa y después, apoyando la espalda en la puerta, fue escurriéndose como un peso muerto. Así se sentía por dentro, muerta, vacía... Escondió la cabeza entre sus piernas y respiró hondo, inhalando y exhalando el

aire con olor a comida podrida que abarrotaba el ambiente. Tenía que serenarse y hacerse a la idea de que todo volvía a ser como antes.

«Es mejor si no te resistes. Déjate llevar y ya está».

—No quiero —farfulló negándose con las pocas fuerzas que le quedaban a esa idea insolente que no cesaba de repetirse y que la quemaba por dentro.

¿TE ESTÁ GUSTANDO ESTA HISTORIA?

SI LA RESPUESTA ES SÍ, NO TE LO PIENSES Y LLÉVATELO A CASA.

**“IMPERIA III. LA UNIÓN”
YA ESTÁ DISPONIBLE EN [AMAZON](#)
EN FORMATO DIGITAL Y FÍSICO**

**SIGUE A: @CarolaVerc EN TUS REDES SOCIALES Y NO TE
PIERDAS NADA DE LO QUE ESTÁ POR LLEGAR.**

<http://carolavercaine.com/>



SI TE GUSTAN LOS MARCAPÁGINAS DE LOS PERSONAJES, EN [LA WEB DE CAROLA](#)
LOS TIENES PARA DESCARGAR.

